

Publicación  
bimensual  
de narrativa  
y poesía

Viajeros de la

# UnderWood

Segunda época

Año 1/ N° 1

Agosto

1997

Rosario



*para Hermanos*

\$1



La  
PUERTA

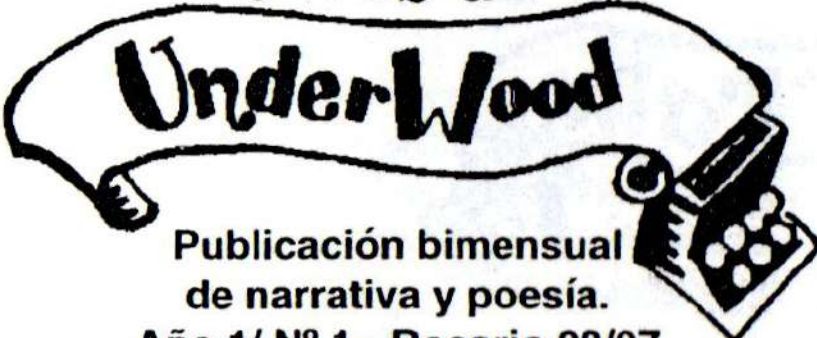
Unico espacio integrador de arte  
Café Bar - Libros

Entre Ríos 637/39 - Tel: 404210

Rosario

Ahira.com.ar | Archivo | Revistas Argentinas

# Viajeros de la **UnderWood**



Publicación bimensual  
de narrativa y poesía.  
Año 1/ N° 1 - Rosario 08/97

---

**Editores:** Mercedes Gómez, Diego G. Martínez  
**Colaboradores:** Beatriz Vignoli, Pedro Bollea, Lisandro  
González, Sonia Scarabilli.

**Diseño:** Diego G. Martínez

**Ilustraciones:** Javier Hernández

**Publicidad:** Mercedes Gómez

**Redacción:** J.M. de Rosas 929, 10° "C",  
tel: (041)488864.- Rosario

**Correo electrónico:** dim@citynet.net.ar

**Director y Propietario** Pablo J. Solomonoff

**RNPI en trámite**

**Imprenta: Multicopias**

## **ACLARACION DE LOS EDITORES**

La editorial no comparte necesariamente las opiniones de los autores que publica. Se autoriza la reproducción y/o difusión, notificando por cualquier medio a nuestros editores.

---

## **SUSCRIPCION**



Si te interesa suscribirte a la susodicha, no te conviene; porque te sale más caro que rastrearnos. Ni siquiera nos conviene llevártela en colectivo. Olvídalo.



## Tres trajes blancos

Beatriz Vignoli

(Levanta la tela que es fina como una piel que se hubiera desprendido de noche, durante el sueño; levanta la tela de la blusa y la arrastra suavemente por la piel que también es blanca, y siente estremecerse la piel y temblar lo que existe bajo la piel: ¿costillas? ¿carne? ¿un estómago? ¿un alma? Aire del gran abismo primordial que a través de una grieta respira, temblor porque debajo de la camisa suave el hombro redondo es liso como una piedra lunar que se hubiera desprendido durante el sueño. Cabe en el cuenco de la mano el hombro pero no, no se toca nada de la piel; suficiente con sentirla respirar, exponerla, a la luz de una lámpara; mirar, mirar y no tocar el cuerpo que se estremece, un pudor abismal, apretándose en torno de un vacío interno, de lo que adentro y oculto respira, se estremece. No acariciar la piel más que con la tela suave, que al caer deja expuesta una espalda, como montañas, como un valle, el vello de una nuca que se estremece, erizándose, cuando se lo mira, cuando se le respira desde cierta distancia. Pero no tocar todavía la piel, no herir aún lo que esté vivo adentro de la piel; levantar la tela que es leve como si de noche, durante el sueño, se hubiese desprendido dejando ver, expuesta, una piel; levantar la tela de la falda y suavemente arrastrarla por la que también es blanca, y se estremece; ¿piernas? ¿una mujer? No tocarla, sólo mirar, acariciar apenas con la tela suave que al levantarse expone, a la luz de la lámpara, una nalga, como un valle, como montañas.)

Siete horas después de despertar tuve sentado enfrente al hombre cuya imagen me había desnudado en el sueño.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

No nos gustábamos en la vida real. Nos gustaba sin embargo estar juntos, sentados cada uno en su sofá, en la penumbra coloreada por la estufa y por el televisor, (suficiente con sentirla respirar) casi a oscuras, sin decirnos palabra, escuchando música, bebiendo.

Lo que fuese: mezclas que a él se le ocurrían (abismo primordial) como la de pomelo con cualquier bebida blanca; whisky barato, el vino de las cajas de cartón. Eso, en su living. Si nos encontrábamos en un bar, cervezas.

Fue en un bar donde le conté el sueño. (Como si se hubiese desprendido de noche). Y no le moví un pelo. (De su nuca, erizándose). En la vida real, las manos del hombre eran veloces, cortas, hábiles y blandas, lo mismo que su boca, cuando hablaba. El resto de su cara era convexo y liso: una máscara. Color arena mojada pero más amargo. Su cuerpo, como el de algún pequeño marsupial (lo que esté vivo adentro de la piel, ¿un vacío interno?) era blandamente amplio y escurridizo a la vez. La gracia de su cuerpo, cuando hablaba: puro swing, acompañando el discurrir veloz de la sonrisa, los gestos de las manos, su cuerpo estremeciéndose con la risa (no nos gustábamos) como si no pudiera parar de bailar.

Así también caminaba y hacía todo (no sé cómo soñaba) o casi todo; menos beber.

Cuando se sentaba a beber en el más completo silencio, su cara era totalmente aquella máscara. Su cabello duro y entrecano, su cara sin arrugas, todo un solo muro mudo de rigidez (como montañas). Mientras que del cuello (valle) para abajo el cuerpo se ablandaba (como el de algún pequeño marsupial) desparramándose todo sensual en el sofá.

No me gustaba, pero me parecía (en el bar se lo dije) sexy. Tal vez por el contraste casi torturante entre el abandono mórbido de su cuerpo y la vigilia, beduina, aindiada, de su cara de alfil.

Le conté el sueño porque éramos amigos y ya no nos ocultábamos nada. Le conté el sueño porque ya estábamos borrachos. Se lo tomó con demasiada calma, o con suficiente pomelo con ginebra, que es lo mismo. Al contarle el sueño, tuve la precaución (innecesaria) de advertirle que no estaba tratando de seducirlo.

Más tarde, cuando caminábamos (suavemente arrastrarla) por una calle oscura del centro, me sorprendí al notar que me llamaban la

una calle oscura del centro, me sorprendí al notar que me llamaban la atención, en una vidriera muy iluminada... tres vestidos de novia. Lo que nunca, me dejé capturar por el brillo níveo de lo blanco: los bordados y los brocados de perlas (piedra lunar) de un amplio escote, el esplendor satinado de una larga falda (tocar la tela suave), las cintas floridas en torno a la cintura que de tan fina parecía de hada o de princesa de juguete; de Blancanieves, de dama antigua, de novia adolescente. "Con jazmines", pensé, aunque no sé por qué, ni por quién; "demasiado tarde para mí", pensé. Y eso fue todo.

No me detuve. Mi amigo no se dió cuenta. O por lo menos no se puso nervioso (un pudor abismal) como cualquier otro hombre que me sorprendiera mirando furtivamente trajes de bodas luego de haberle contado un sueño en el que él me desnudaba y yo estaba toda vestida de blanco.

"Sí, soy sexy", admitió (en el bar, cuando se lo conté). Y eso fue todo.

Seguimos siendo amigos, es decir, compartiendo castamente (no tocar) el tedio solitario.

Nos gustaba pasarnos horas en silencio, bebiendo, a la luz del fuego azul y anaranjado de la estufa, o del televisor, cuyos colores él saturaba astutamente, a propósito (como quien enrojece una lámpara), a veces; él bajaba entonces el volumen, y ponía música de Yes, o de Invisible. (Una vez, en la radio, pasaron, de Ravel, "Pavana para una infanta difunta").

Beber junto a él, por la noche, me daba la tal vez falsa sensación de que yo no iba a seguir hundiéndome indefinidamente hasta lo más hondo del gran abismo y después; mientras él estuviera cerca, bebiendo también, en silencio, en la penumbra, algo me detendría en mi caída, siempre. Por eso nuestras ebriedades eran serenas como el invierno en algún poema chino.

Cuando él bebía, su cara era más que nunca aquella máscara (infranqueable). No sé en qué pensaba, si es que pensaba en algo. Sólo sé que saboreaba su vino, que escuchaba la música. Así de lenta y de silenciosa y desesperanzadamente nos emborrachábamos juntos. Yo recordaba entonces mi adolescencia, y la novela que había escrito durante mi juventud recordando mi adolescencia. En alguna de esas noches comprendí que escribir esa novela había gastado el recuerdo de mi adolescencia de tal forma que ya no me quedaba pasado.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

noches comprendí que escribir esa novela había gastado el recuerdo de mi adolescencia de tal forma que ya no me quedaba pasado.

Tampoco nos quedaba, ni a él ni a mí, futuro. El futuro era una cosa del pasado para nosotros. A veces (somos judíos) hablábamos de irnos a Israel, pero eso dependía de tantas condiciones que era casi imposible. A veces charlábamos de cualquier cosa, hasta que le agarraba sueño.

Y yo me iba a dormir. (Amor jamás hicimos, ni siquiera por puro aburrimiento. No nos gustábamos).

Nos gustaba estar juntos.



---

## Palingenesia

Pedro Bollea

El sujeto piensa que no hay ninguna posibilidad de seguir en esas condiciones. Eso piensa y con un movimiento rápido y corto se palpa el bolsillo del sobretodo. Luego mira al mozo que lo mira desde el aburrimiento, acodado de espaldas a la barra y que afortunadamente - por su mirada de infeliz- no ha advertido nada. Piensa que el tiempo para los desdichados pasa como un tren que no deja pasajeros ni carga. El futuro estaba preñado de tesoros, ambrosías prometidas... eso creía a los veinte, quince años atrás. Eso piensa y esta vez no necesita palparse el bolsillo, siente el peso sobre el muslo.

Dos muchachos recién madrugados, con atachés baratos de rigor, se han sentado contra el espejo del fondo, en la mesita donde está desde temprano el diario del bar. Ya el local no está desierto. Fastidio, deberá aguantar hasta que terminen de estudiar los clasificados y se

vayan. Ahora el mozo habla con el cajero que seguramente es el dueño y que de tanto en tanto lo mira fugazmente. Piensa en su propio cuerpo y tiembla, recién descubre el frío de la mañana. A los diecisiete era flaco y alto, pero a los veintitrés ya era lo mejor, de espaldas bien anchas y tórax, los dientes blancos y luminosos, todo el pelo. Ayer al levantarse -desde entonces está en pie- se dijo para sí que lentamente la adiposidad del abdomen se iría descolgando por fuera del cinto hasta tragárselo con un beso desdentado. Sí, su cuerpo era como un metrónomo cruel que le iba marcando tiempos y ritmos, pero la música que quería bailar aún no había empezado a sonar.

Los dos del fondo amagan cada uno a pagarle el cortado al otro, pagan por separado y se van. El sujeto siente un aturdimiento que le da calor, se tensa y sabe que no puede postergarlo. Esa es su oportunidad. El dueño está encorvado, hablando con la cocinera por el agujero que está en la pared de atrás del mostrador. El mozo ha juntado los dos pocillos sucios de la mesa del espejo y se ha perdido hacia adentro por la cortina de tiritas. Ni un segundo más, el hombre saca el revólver del bolsillo -está tibio pero eso ya no sirve-, a pesar del temblequeo amartilla el percutor, se lo lleva a la sien, aprieta los dientes con fuerza, entrecierra los ojos hasta ver todo lejano, su último pensamiento es si en la ausencia total habrá al menos un instante para disfrutar de esa magna y bella paz. Aprieta el gatillo y siente el percutor que se suelta, baja recorriendo un tramo en silencio (casi como si no estuviera) y golpea violentamente contra el cuerpo del arma.

Un bienestar infinito le invade entero. Deja pasar unos segundos, llama al mozo, paga y se va. Felizmente no había balas en el tambor. Nunca las hay. Cada seis meses repite lo mismo.





## Lo insospechable

Diego G. Martínez

Éramos tres en la habitación. Nosotros tres a oscuras. Le pregunté a él: "¿Con mis manos estoy tapando tus ojos?". Escuché que me respondía: "No, no lo estás haciendo". Le pregunté a ella: "¿Con mis manos estoy tapando tus ojos?". Y ella me contestó: "No. Con mis ojos te estoy viendo".

A continuación moví mis manos, despacio, muy despacio. La luz se empujaba para entrar en mis ojos.

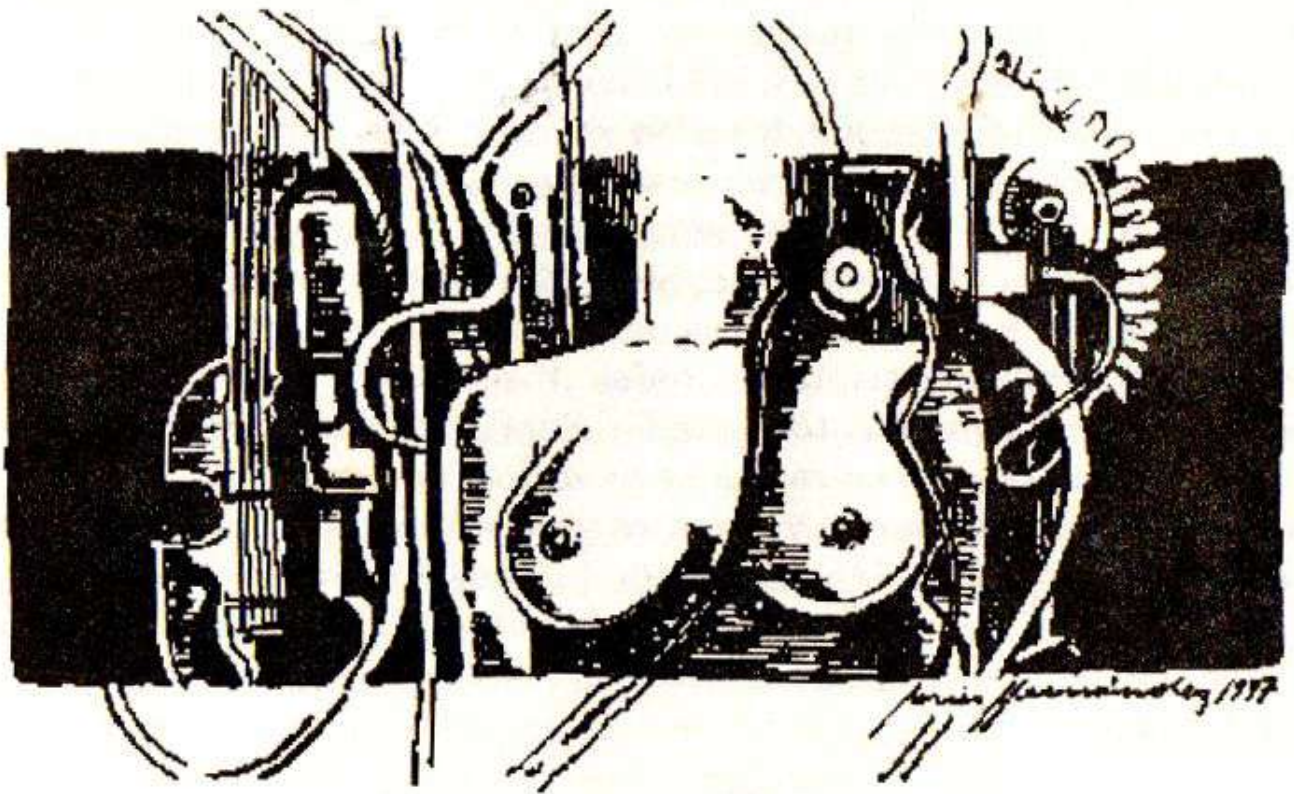
De a poco ví que estábamos allí; éramos nosotros tres. La habitación estaba plenamente iluminada. Mirábamos al frente. Y mis manos pedían perdón, prometiendo que no lo volverían a hacer.



## Relato de su propósito infinito

Diego G. Martínez

Se extiende apenas hasta tomar el cuaderno y la lapicera. No sabe cómo comenzar la nota. Muchos le dirían "por el principio", ella piensa seriamente en el final. Al echar una mirada alrededor se encuentra con cables cruzándose sin diseño, con diminutas luces rojas, verdes y azules que leen mediciones acústicas y eléctricas, hasta puede sentir, mientras entrecierra los ojos, un olor acerado que coincide con los metales que distribuyó en la habitación inmensa. Está aislada de toda interferencia acústica externa; estuvo diseñándolo por años. Una máquina de su invención ocupa el centro del lugar; de la máquina se desprenden decenas de cables, luces, tubos metálicos que se enroscan a su alrededor. Los aparatos de medición indican que todo está en orden, que se puede activar el sistema y dar comienzo al gran espectáculo. Su cuerpo desnudo yace a lo largo del sillón mullido; sus pechos se han puesto duros, como si unas manos inmensas hubieran subido desde sus pantorrillas hasta tocarlos con delicada precisión, apenas rozándolos y ejerciendo un movimiento tan imperceptible como placentero. El brazo mayor, que se extiende hasta llegar a su cabeza, la mantiene unida a la maquinaria principal; por un lado está el óvalo acoplado a su oreja derecha, por el otro está el tubo que accede a su flujo sanguíneo. "Mi sangre -piensa-, finalmente mi sangre convertida en transmisora de la señal". Afirma sus dedos en la lapicera y escribe. "Tantos años soñando esta posibilidad, estudiando cada uno de los detalles para no dar lugar al error. No puedo asegurar que mi proyecto carece de errores, al menos en el diseño y en la teoría todo resulta de manera excepcional". Afloja los músculos de su espalda y recuerda, tantos años de adoración a la música, de vivir con cada nota, de emocionarse, a veces hasta llegar a las lágrimas, con el sonido de una cuerda al vibrar con delicadeza o de un instrumento de viento acariciado con la respiración, cada vez que ella se elevaba a los cielos con el movimiento de una melodía, sabía que eso podía perfeccionarse, que la percepción podía perfeccionarse. Y ella debía hacerlo. "El único valor que me mantuvo en pie a lo largo de mi vida -sigue escribiendo- fue el de saber que existía la música, y que yo debía perfeccionar el sentido. De esta premisa se desprendieron años de inven



de investigación, de estudio continuo y sistemático, de experimentos fallidos y acertados con un solo fin: convertir todo mi cuerpo en un único aparato auditivo". Lejos estuvo siempre de ella el afán por demostrar sus avances técnicos al mundo científico, su capacidad de avanzar en el conocimiento de este tema en particular tuvo siempre el mismo eje, su amor por la música. Un amor indescriptible, heterogéneo por la diversidad de fuentes y compositores. "Los compositores -continúa ella en el papel- son simples nexos. El que compone música tiene una misión, de hecho suprema, y es la de recibir las indicaciones que la propia música quiere que interprete, pues flota como un ente invisible sobre el viento, omnipresente, se desliza con distintas intensidades buscando un lugar por donde pasar y transformarse en su cometido final. Con seguridad estoy confundiendo a aquel que intenta entenderme, pero es que mis ideas son algo extrañas, de carácter no transmisible, no podrían difundirse públicamente porque en sí carecen de palabras". En ese momento se detiene y comprende lo vano, fútil, inútil de intentar explicar las reacciones de los cuerpos ante una fuerza acústica, o el comportamiento de las ondas sonoras, el esquema de una amplitud de onda o siquiera los efectos sonoros en su abanico de posibilidades,

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

de onda o siquiera los efectos sonoros en su abanico de posibilidades, porque sería tan solo anecdótico. Respira profundo, varias veces, y decididamente se abalanza sobre la hoja. "Voy a resumir todo. Conseguí mi propósito infinito, mi devoción en su punto culminante: que la música se incorpore a mi corriente sanguínea -sus facciones se tensan de alegría-, que corra a una velocidad insuperable a través de mis venas, repercutiendo mi ser de pies a cabeza. Mi respiración será un motor de características no conocidas. Los músculos se contraerán en espasmos de un placer indescriptible; todas mis fibras reaccionarán, sin excepción, a los movimientos dictados. Será una danza exquisita".

Repentinamente su rostro se modifica; una pregunta molesta se instaló en sus ojos claros, y arrastra en carrera a muchas otras. ¿Qué vendrá después, un plano desconocido, una dimensión inimaginada, habrá luz?. ¿Cuál será el límite, el parámetro de todo esto?.

Ni se detiene a analizarlo. El riesgo vale más que la incertidumbre del después.



## CONVOCATORIA

¿Sos la oveja negra de la familia? ¿Te sentís el bohemio de la barra? Mandanos una copia mecanografiada de tus cuentos, que no exceda las 3 carillas A4, a nuestra redacción: J.M. de Rosas 929 - 10º C



**adriana osella**  
estudio de diseño gráfico

**J.C.Paz 1257 - Alberdi - Tel/Fax 556390**

## El hombre al instante

Pablo Crash Solomonoff

Roberto y el androide se sentaron en el auto. De vez en cuando el androide parpadeaba (a pedido de Roberto) para dar cierta apariencia de humanidad. Si mantenía los ojos cerrados parecía muerto pues no respiraba. Y si los dejaba abiertos demasiado tiempo parecía estar a punto de morir. O de llorar.

Roberto, luego de soltar la primer bocanada de humo, apoyó el encendedor láser en la mesita.- ¿Te acordás de la tercera oleada de invasión?

- No tengo datos suficientes al respecto, Bob.

- Claro - recordó el hombre al instante.- Siempre olvido que te hicieron mucho después, lo siento. Miró hacia la autopista. Los vehículos solares circulaban a más de quinientos por hora y muy pocos se detenían en aquel auto enterrado en la banquina. Los pocos que decidían hacerlo comenzaban a frenar unos trecientos metros antes. De los demás sólo se distinguía una línea de luz.

- ¿Querés contarme?- preguntó el androide sin inflexionar la voz.

- Los Hare Krishna salieron por la peatonal con sus cantitos. Los canales de televisión se llenaron de místicos y sacerdotes con mensajes de ultratumba y profecías. No se podía salir a la calle sin algún símbolo colgado. Todos los días aparecía un nuevo cristo. Los únicos sobrevivientes fueron los escépticos. Ni los ateos se salvaron...

En la metálica cabeza del androide se activaron las imágenes apocalípticas de "la batalla de las religiones". Algo parecido a *Mad Max* seis. Crucifijos, mantras, hexagramas. Rosarios, candelabros y sahumeros. Brazos levantados con svásticas, jeringas, efigies de osos pandas y pingüinos. Fotos de estrellas de cine, personal computers, marcas de autos o bebidas. Novelistas, políticos (sí dije políticos) y estrellas de rock. El símbolo gay, el yin y yang, el hippie (tan parecido al de Mercedes Benz)... El ojo encerrado en el triángulo y la cara de Xuxa, la clave de sol. El copyright, el prohibido estacionar. La virgen del Rosario, la Pritty limón, la U.N.R., los ingenieros ambientales y los heladeros. Agua y energía, el sindicato Luz y Fuerza, los comerciantes de calle San Luis, los Coelacantos...

- Todo lo que tuviera un símbolo salió a luchar porque sí. Para no ser menos. Y claro -se dijo Roberto- El aburrimiento era tal...

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

- ¿Y quienes comenzaron todo?- preguntó el androide empeñado en encontrarle alguna lógica. El hombre suspiró haciendo memoria.

- Primero los neonazis. En norteamérica volvió el Ku Klux Klan, luego los neonarcos y los fundamentalistas. La segunda oleada empezó con los psicobolches, los prodanistas y los fans de Xuxa. Luego los hinchas de fútbol y la tercera con los de Feliz Domingo, los de bigotes y así todos a la vez. Los del Mozarteum, los fumadores, los del Hipertigre, los psicoanalistas...

- ¿Y cómo luchaban?-

- Al principio salían en manifestaciones ordenadas, con pancartas y cantitos a gritarse frente a las radios exigiendo reivindicaciones absurdas, derechos especiales, enseñanza de su culto en las escuelas, excensión de impuestos, estacionamiento libre y qué se yo qué más. Después empezaron con ceremonias más densas: sacrificio de animales, ritos de iniciación y quema de símbolos enemigos... toma de rehénes y después se empezaron a agarrar a las trompadas y a pelar armas...

El androide lo dejó pensar un rato. Él también lo necesitaba. La siguiente pregunta se respondería sola así que no la formuló.

- Se terminó cuando se terminaron los símbolos -continuó Roberto con nostalgia.- Los escépticos, despreocupados de la guerra, terminaron siendo mayoría y tomaron el poder. Su única ley fue no creer en nada. Cuando la hicieron ejecutar se disolvieron. Eran millones gobernando para unas pocas tribus. Ni siquiera necesitaron reprimir. Ellos convirtieron el planeta en lo que es hoy. Un mundo blanco, insípido, sin animales. Sin actividades que nos permitan pensar o encontrar diferencias...

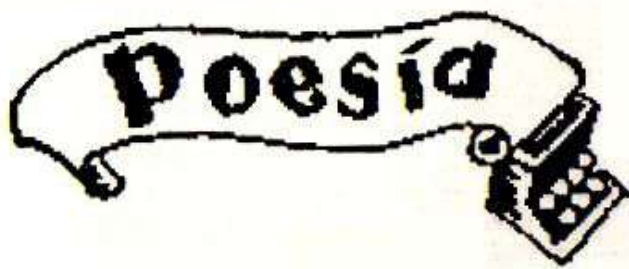
La voz se le fue apagando igual que el cigarrillo sin marca y sin olor. Sin símbolo alguno. -Todos los vehículos iguales. Todos con la misma vestimenta. Todo del mismo color... No existe nada para discutir, no existe el desacuerdo...

El androide parpadeó el igual que el hombre. Al ser humano se le resbaló una lágrima. Roberto murmuró -sólo existe el instante.

El androide nunca comprendió porqué lloraba. Nunca entendería, pero igual se entristeció. Terminó su bebida insípida, sin marca y sin color. Se levantó del asiento standard (ni silla ni banqueta, ni taburete, sólo un asiento y ya) y tomando a Roberto por el brazo lo levantó.

- Volvamos al vehículo. Se hace tarde.





Sonia Scarabelli  
Año mil

Quien pregunte sabrá,  
quien quiera escuchar oirá:  
la lógica de la revelación es simple;  
pero los grandes señores aprestan sus espadas  
y llegan hasta las puertas de Jerusalén,  
envueltos en armaduras polvorientas,  
alzando gritos y clamores,  
no preguntan, no escuchan,  
y finalmente mueren,  
sin conocer la verdad,  
exiliados en su pasión.

---

Gauguin está enfermo,  
y mientras lo devora la gangrena,  
él pinta dulces cuerpos de mujer  
apaciguados por el sol,  
y ojos llenos de misterio,  
y gruesos labios sensitivos.  
Así habla de su dolor  
cayendo en una especie de olvido,  
porque bajo los cielos de Tahití  
la muerte no es más  
que un desacuerdo entre los dioses.



*Janice Hornum 1997*



la posición  
las piernas  
el cuello  
el calor  
el abrazo

el estado  
la fuerza  
el perfume  
la gota  
la llama

...  
es cierto,

el deseo es un pájaro mudo.

---

No existe  
un solo poema  
cayendo en los muslos.

Existen  
los muslos las manos los poemas.

---

Sueño superficial  
encadenado a diversos colchones  
que se continúan  
hasta el último,  
¿quién puede saberlo?

La violencia inútil  
de un cuerpo  
que no se rinde,  
me aparta del agua  
que bebo.

Río al pensar  
que habrá quien busque,  
en estas palabras,  
descifrar un misterio.

Lisandro González  
de la serie "Vida de un balcón"

## Balcón

Como si labios  
carne,  
piernas  
supieran a cemento.

Como si añorases  
venas  
y pies  
y tus ojos.

---

## Vecindades

El viento  
dialoga  
con tus manos atadas,  
tu olfato trunco  
y tu vida  
aún indecisa.

De noche,  
atracás  
en puertos estelares.

---

## Sólo luna

La espuma urbana  
quema los ojos.  
Los huéspedes de la noche  
se acurrucan  
en tus limpios ojos.

LIBRERIA  
**Logos**

ENTRE RIOS 789  
TEL.: 259352  
2000 ROSARIO

**Ernesto  
Postiglione**

---

Traducciones en Inglés

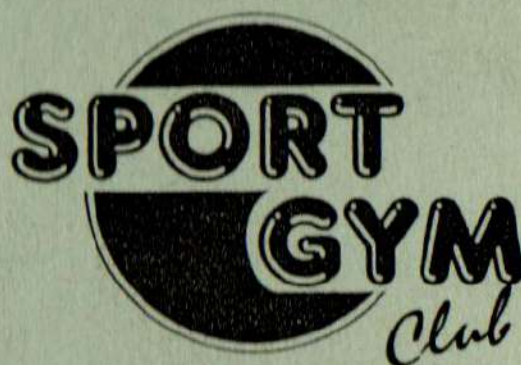
San Martín 1452 - 2  
Tel.: 491259  
2000 - Rosario

Psicóloga  
**María del Carmen  
de la Cruz**  
(Mat. 800/3)

Clínica General  
y Enfermedades  
Psicosomáticas  
(cáncer - psoriasis-  
artritis-alergias-etc.)

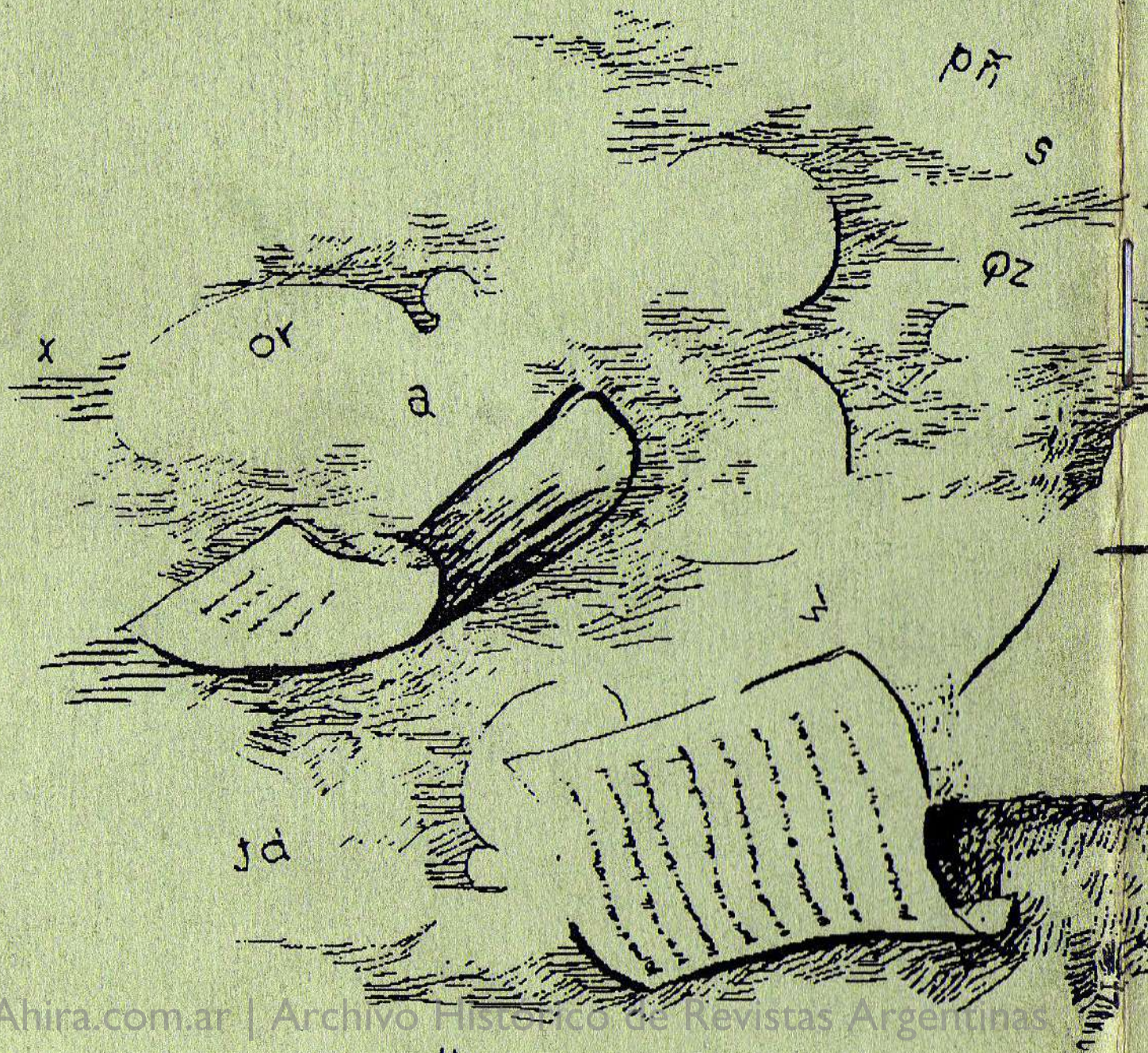
**Niños-Adolescentes-Adultos**

Lunes a Jueves de 16 a 21 hs  
Salta 1227 Dto A - TE: 493957  
(2000) Rosario



- ◆ SQUASH
- ◆ APARATOS Y PESAS
- ◆ FITNESS
- ◆ ARTES MARCIALES

San Martín 1367 - Te: 491806  
2000 Rosario



Publicación  
bimensual  
de narrativa  
y poesía

Viajeros de la  
**UnderWood**  
Segunda época

Año 1/ Nº 1  
Agosto  
1997  
Rosario



\$1